

PÁGINAS LITERARIAS

Dos de Noviembre

Vamos al cementerio; en este día
se alegra el cementerio.
La vanidad humana lo decora
con exquisito esmero;
todas, hasta las tumbas más humildes,
se cubren con las flores del recuerdo.

Allí la cruz, vencida
por la razón ha tiempo,
extiende aún sus brazos
y ensaya todavía sus remedos
de esperanza, que ya á pocos dolores
conceden el alivio de un consuelo.
Allí el llanto que corre
sobre el inútil ruego,
rompe los diques de la fe, que saltan
sobre el carro del viento.
Allí el dolor fingido,
el dolor pordiosero,
trafica en los despojos
del olvidado cuerpo
que alimenta gusanos
con sangre de baldón, roído en secreto.
Allí la flor que brota
con su cáliz erecto,
alzando la sonrisa de sus hojas
á la impasible mueca de los cielos,
lleva la última frase
que recogiera la piedad del féretro:
la palabra inmortal de la energía
que al dar más bellas formas á su aspecto,
comprueba á nuestros ojos
la verdad de lo eterno,
y promete más amplias trascendencias
á la fuerza viril que está en los cuerpos.

El mundo de los vivos
afanoso é inquieto,
acostumbra turbar en este día
la dulce paz del mundo de los muertos,
con esa agitación que simboliza
no el puro sentimiento
cuyo cierto homenaje
de inmarcesible afecto,
consagra eternamente á la memoria
de los hombres que fueron

dignos sabios ó fuertes
ese obrero tenaz, el pensamiento,
sino la exposición desesperada
de su robusto esfuerzo
que lanza en su congoja
á manera de reto,
la hueste de la vida
contra la inmoble hueste de lo muerto.

Hay en esa costumbre
erguida ante el avance de los tiempos,
una gran semejanza
con esos movimientos
de estrategia, que cumplen los soldados
de los grandes ejércitos:
se alinean sobre el campo de batalla,
agitan los aceros,
y hacen evoluciones engañosas
que vistas á lo lejos
desde el campo enemigo, acaso llevan
la sugestión del miedo.

Queremos asustar con nuestro alarde
al llamado misterio
de la tumba, que llena de zozobras
el ya desvencijado entendimiento,
y así vamos medrosos, pero erguidos,
con máscaras de duelo,
á tremolar nuestro plumón de vida
ante la muchedumbre de esqueletos
que ríe con su risa descarnada
del histerismo nuestro.

Vamos al cementerio; en este día
revive el cementerio.
Todas, hasta las tumbas más humildes,
florecen con las rosas del recuerdo.
Vamos, mas no á postrarnos
con medroso respeto
ante la fosa que tragó el despojo
y acaso la memoria de algún muerto,
sino á palpar el ansia misteriosa
que agita á los humanos sentimientos
en este batallar de las conciencias
en la desierta noche de los credos.
JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Seis menos

Parece que la mañana inconsolable
de pena llorara; tanta es la lluvia. El
campo, como un pañuelo inmenso,
enjuga el llanto de la mañana.

Afuera todo es frío, y los hogares,
tan tibios antes, tan dulces, comien-
zan ya á enfriarse... La última des-

pedida se siente: corazones que se
ensanchan y se contraen, una lágrima
que asoma medrosa empañando la
mirada, afectos que se funden en el
ascua de un abrazo, amorosas palmadas
cayendo en el hombro, un consejo
más, y por fin, el último adiós.